

Atarme los zapatos

TEXTO: GUILLERMO FADANELLI

En los últimos días he hospedado a varias personas en mi casa, mujeres que me visitan o están de paso por Berlín. Los hombres son bien recibidos, pero sólo en casos excepcionales de amistad. De lo contrario las puertas de mi casa están cerradas para ellos. Con las mujeres no hago los mismos reparos: ellas pueden permanecer en casa semanas enteras porque su presencia es prueba de que las cosas marchan por buen camino. La simpatía que me despiertan es enorme. En agosto vino una mujer islandesa que se levantaba apenas despuntaba el sol. Ponía en orden la casa y a las nueve de la mañana estaba lista para conocer Berlín. Su manía campesina me dejaba sin palabras, pero no me enfadaba pues sospechaba que en el fondo de sus actos se anidaba una sabiduría milenaria: sus antepasados eran marineros que comían tiburón podrido acompañado de aguardiente. En el mismo agosto ocupó el cuarto de huéspedes una joven judía de rostro hermoso y costumbres insanas. Cierta mañana salió de su recámara ataviada con un vestido que de tan colorido lastimaba los ojos. Le hice notar que su atuendo estaba a la par de varias banderas africanas, pero ella no se inmutó: seis colores por un mismo precio es una oferta imposible de rechazar, me dijo. Estar rodeado de mujeres es un placer que excede mis pretensiones. Es una ventana que da la cara a un mundo real, no a uno ficticio como el que han creado los hombres. Con respecto a estos últimos una de mis amigas comentó lo siguiente: "Dios los hace y ellos se matan." No me parece un comentario insólito ni descabellado, al contrario,

los hombres se matan entre sí porque no saben lo que es dar vida. Como creo en la reencarnación me imagino que en alguna otra vida debí ser jardinero de un convento de monjas, o cantinero de un animado burdel. No sé de dónde me vienen estas costumbres árabes, pero las aprecio profundamente. En una época donde los géneros se han subido a un carrusel, es mejor anclarse a las rocas: cuando veo a una mujer sé exactamente para lo que vine al mundo.

La única cosa que mi madre no hizo bien fue enseñarme cómo se atan los cordeles de los zapatos. Sigo teniendo problemas con eso. Si uno no aprende esas cosas desde niño tendrá toda su vida problemas con los cordeles. Podría comprarme otra clase de zapatos, pero éstos son los que me gustan. Me dio tanta envidia ver que la semana pasada una joven española que ha venido a quedarse unos días a mi departamento se ataba los cordeles de sus botas con una eficacia inusitada. De hecho le he pedido que me enseñe a atarme mis zapatos a lo que ella ha accedido de buena gana. Todo ha sido en vano. Sus manos delicadas han concentrado toda mi atención y no he reparado en la técnica. Ahora lo sé, estoy condenado a hacer la misma clase de nudo por toda la eternidad. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México. 1964. Escritor. Sus más recientes libros son *Educación a los topes* y *Plegarias de un inquilino*.